

La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao. Ciento ocho años de servicio a la medicina vizcaina

Academia de Ciencias Médicas de Bilbao: One hundred and eight years in the service of biscayan medicine

Bizkaiko Ahalduen Nagusiak jauna, Bizkaikako Ahaldundiko Cultura Saileko Diputatu andrea, Adintariak, Akademikideak jaunok eta andreak, gure lagun onak:

Bilbo'ko Sendalaritz Jaikindiaren izenean zuen aurréan hitz egitea ohore andia da nireetzat eta horrexegatik Jakindiari Lehendekari, ezkerak eman nai nizkioke.

Es una feliz casualidad que hoy, 25 de Noviembre de 2002, exactamente 107 años después de la celebración de la primera reunión clínica de su Historia, la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao reciba el Premio Mañaricua de manos de nuestra Diputación Foral. En aquel momento de 1895, su Presidente de Honor, el Dr. Agustín María de Obieta, de 87 años de edad, hizo una lúcida exposición del hacer médico del siglo XIX a través de los médicos y cirujanos de Bilbao que había conocido en sesenta y cinco años de vida profesional. No intentaré emular a aquel digno antecesor, resumiendo aquí los ciento ocho años de la Academia, por lo que me limitaré a citar tres momentos estelares.

El primero, naturalmente, fue el de su fundación. La Academia nace al mismo tiempo que Röntgen comunicó el descubrimiento de los rayos X. Fue el Dr. Carmelo Gil y Gorroño quien adquirió en Bilbao la primera instalación que prestó por algún tiempo a la Academia para disposición de sus miembros.

La Academia aparece en el momento más interesante de la vida de Bilbao. Es contemporánea de los primeros Concierdos Económicos, del auge de la minería y la siderurgia, la reestructuración del puerto, la aparición de los Bancos locales, etc. En un Bilbao multiforme, donde la clase media encarnaba el "espíritu liberal", la alta burguesía levantaba sus viviendas en el Ensanche de Abando, Neguri y Algorta, en contraste con los deficientes barrios obreros de cuyas condiciones antihigiénicas se ocupan las sesiones de la Academia al hablar de los problemas de las enfermedades transmisibles.

Este crecimiento trajo fuertes cambios sociales. La ideología socialista prende entre los inmigrantes maltratados y sin raíces, y por otro, la desaparición del modo tradicional de vida favorece la aparición de las posturas nacionalistas. Junto a estos dos, el carlismo y los monárquicos mauristas completan el espectro político de la Villa.

A pesar que la Academia la pide en sus editoriales de la Gaceta Médica del Norte, en Bilbao no hay aun Universidad pero sí dos centros superiores. Deusto y la Escuela de Ingenieros, que dotaron a las empresas viz-

caínas y del resto de España de un eficiente personal ejecutivo.

En lo cultural nacen la Filarmónica y la Coral, se reinaugura el Arriaga, Resurrección María de Azkue gana la cátedra de euskera del Instituto Vizcaíno y aparece una floración de artistas que cito de corrida: Lecuona, Barroeta, Zamacois, Guinea, Guiard, García Uranga, García Asarta, Vicandi, Amarica, Regoyos, Iturrino, Echevarría, Losada, Tellaeché, Durrio, Mogrovejo, Huerta, Quintín de Torre, Achúcarro, Landecho, Bastera, Smith, y un largo etcétera.

No era muy halagüeña la situación sanitaria. Un neonato tenía una expectativa media de vida de 25 años. En la Maternidad en tres años murieron 253 niños entre sarampión, meningitis tuberculosa, viruela, heredosifilis, difteria y enfermedades exantemáticas.

Las circunstancias sociales, laborales, (chabolismo, pupilaje, barracones para dormir "con camas ocupadas en turnos de ocho horas, que nunca se enfriaban") favorecían las infecciones. Los médicos sólo contaban con su estetoscopio, sus manos, su raciocinio, un laboratorio rudimentario, el recién nacido tubo Röntgen y poco más. Su capacidad terapéutica estaba basada en la fórmula magistral.

La asistencia médica social se reducía a la beneficencia para quienes no podían sufragar el gasto de su enfermedad en un insuficiente Hospital de Achuri atendido por ocho médicos. La Maternidad asistía a las parturientas y los Expósitos, a los menores de dos años abandonados en el torno. Había dos Casas de Socorro, una en el Hospital y otra en la llamada Casa Palacio, del nº 12 de la calle Ledesma.

Creo que el fenómeno de la Generación del 98 no se limitó a los escritores. Junto a Ganivet, Azorín, Valle Inclán, Machado y los vascos Unamuno, Maeztu y Baroja, apareció en España toda índole de profesionales con el mismo pensamiento de romper moldes y asomarse a Europa sin perder las propias esencias. A esta generación médica bilbaína del 98 pertenecen los fundadores de la Academia, 75 médicos y farmacéuticos que crearon una cátedra en la que la libertad de expresión no tenía más limitación que la ética profesional. Así, junto a los foráneos el eminente cirujano José Carrasco, primer director de Basurto, y el primer tisiólogo de Vizcaya, el castellano Francisco Ledo, se unían las fuertes personalidades de los vizcainos Enrique de Areilza y Carmelo Gil. Martín Valdés, médico cubano afincado en Bilbao, funda la revista Gaceta Médica del Norte, su órgano de expresión y de inquietud profesional de los socios de la Academia y que hoy es la única

superviviente de la prensa médica española anterior al siglo XX.

La Academia sigue las corrientes médicas de fin del XIX que tendían a construir una patología y una terapéutica, fieles a una ciencia experimental. La sociedad estimaba al médico capaz de desembocar sus conjeturas en un diagnóstico acertado, de conjugar la teoría especulativa con la práctica terapéutica y dotado con la atención al enfermo de quien a menudo era confidente y consejero. Los médicos y farmacéuticos que a principios de 1895 crearon la Gaceta Médica del Norte y la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao eran profesionales con inquietudes, capaces de leer artículos y libros extranjeros, con bibliotecas dotadas de los últimos tratados y estaban al tanto de lo que en aquellos años se publicaba. Habían visto el progreso de las ciencias experimentales durante la última mitad del siglo XIX y buscaban el diagnóstico no sólo por la intuición y la deducción sino por los caminos más objetivos y científicos de la comprobación y la experimentación.

Eran profesionales capaces de desarrollar su trabajo con conocimientos técnicos entroncados en un prestigio que superaba el ámbito profesional para ejercer su influencia, no sólo en la esfera familiar de sus pacientes, sino en el contexto social del Bilbao en que se mueven, y respondían a las palabras de Pasteur que el Dr. Carrasco, primer Presidente efectivo de la Academia pronunció hace 107 años: *“Lo que hace falta es, que pueda cada cual estar en el derecho de haber dicho, que yo haga cuanto pueda”*, lo que transcrito al latín, *faciam ut potero*, permanece desde entonces en el escudo de la Academia.

A más cien años fecha, llama la atención la minuciosidad con que los médicos realizaban la historia clínica, recogían los hallazgos de la exploración clínica y con ellos y su raciocinio, entraban en las disquisiciones diferenciales del diagnóstico. La poca especificidad de aquellos datos permitía el debate académico.

Para describir el segundo momento, siguiendo con el paralelismo literario, demos un salto de treinta años, hasta los tiempos de la llamada Generación del 29. En el ínterin hemos visto a Nicolás de Achúcarro salir de su hogar en Neguri, pasar por Washington donde había organizado el Servicio de Anatomía Patológica del Gouvennement Hospital for the Insane y, por decisión de Cajal, encargarse del laboratorio de biología de la Junta de Ampliación de Estudios. Por cierto, me he preguntado a menudo si alguna vez se hizo algo para integrarle dentro de las instituciones de la medicina bilbaína.

A partir de 1924 la Gaceta Médica del Norte y la Academia adquieren un nuevo dinamismo. Habían desaparecido prácticamente todos los fundadores que son substituidos por una generación de médicos, muchos procedentes del Internado del Hospital de Basurto, donde se formaban los alumnos de Medicina siguiendo un plan de estudios reconocido por la Universidad de

Valladolid. De esta manera surgen jóvenes personalidades, los Viar, Atucha, Guimón, Arróspide, Iriarte, Feijóo, Argumedo, Gárate, Mendaza, etc. muchos de los cuales buscaron en hospitales franceses y alemanes conocimientos y ampliación de su formación universitaria, para llenar la vida profesional médica bilbaína. En la Academia engarzaron con la presencia de Vicente San Sebastián, Wenceslao López Albo, Cesáreo Díaz Empanza y Julio Laguna.

Estos médicos forman un grupo que desea contar con la Facultad de Medicina en la suspirada Universidad Vasca. Cronológicamente se sitúan dentro del florecimiento de la medicina española, cuya expresión más representativa fueron la escuela histológica de Cajal, la farmacológica de Velázquez, la fisiológica de Jiménez de Asúa, la clínica médica de Jiménez Díaz y Marañón o la traumatológica de Jusep Trueta.

En la Academia su presencia empezó a notarse. Gaceta Médica del Norte cambia su nombre por el de Revista Clínica de Bilbao. A sus nuevos redactores les acucia el deseo de airear el nombre de su Villa dentro del mundo médico de España. Al cambio de nombre acompaña otro fundamental de su estructura. Se publican las tesis doctorales de los Feijóo, Gárate, Guimón, Viar Bayo, Arzamendi y Argumedo. Los artículos adjuntan una bibliografía plural en francés, alemán, italiano e inglés y, como prueba de su mayor difusión, surge tímidamente la publicidad de la incipiente industria farmacéutica española..

Entre los años 1925 y 1936 surgen en España nuevas instituciones hospitalarias. En Valdecilla, un académico, el Dr. López Albo, proyectó el Pabellón de Neuropsiquiatría y, posteriormente, dirigió aquel Hospital hasta 1937. En 1930 Ramón Zumárraga tiene la oportunidad de ser primer director de otra institución sanitaria, el Pabellón Briñas y después de la Ciudad Sanatorial Antituberculosa de Santa Marina.

Desgraciadamente para Euzkadi y para toda España, en un lluvioso domingo de Julio de 1936 se desencadenó la última guerra civil, cuarta en el plazo de cien años, el traumatismo más intenso que ha sufrido toda España. Pueblos y ciudades, hombres e instituciones, salieron de ella dejando muchas víctimas en el camino y profundas heridas en los supervivientes. La Academia, que había terminado normalmente sus sesiones del curso 1935-36, vio suspendidas sus actividades y la publicación de su Revista. Muchos de sus asociados fueron movilizados en ambos ejércitos, algunos sufrieron encarcelamiento y destierro; otros se exiliaron y tardaron en volver. Todo en fin, contribuyó a que una serie de excelentes médicos se vieron desposeídos de sus cargos y apartados de sus puestos de trabajo.

El tercer momento de la Academia deseo situarlo entre los años sesenta y setenta. Otras nuevas generaciones hicieron su aparición, muchas de ellas formadas en los Hospitales de Basurto, Santa Marina, Górliz, los psi-

quiátricos y en las instituciones Fundación Vizcaya Pro Cardíacos e Instituto de Maternología y Puericultura que atrajeron no sólo a los médicos vizcainos que deseaban una mejorar su formación universitaria sino a los del resto de las provincias españolas, lo que cristalizó una simbiosis que benefició indudablemente a la medicina vizcaina en los tiempos anteriores a la creación de la Facultad de Medicina.

En los años cincuenta, los médicos bilbaínos empiezan a asomarse tímidamente a Europa. El paso de la frontera se hace con más facilidad y aunque persisten las dificultades para adquirir divisas u obtener visados, muchos acuden anualmente a las Jornadas Médicas de Burdeos. Ello dio lugar a intercambios entre la Academia y la Universidad bordelesa con presencia de médicos de una y otra en ambos lados de la frontera, contactos que fructificaron en proyectos concretos como el llevado a cabo por el Dr. Enrique de Usobiaga Marchal, de Bilbao y el Prof. Jean-Jacques Dubarry, de Burdeos, quienes iniciaron las Jornadas Hispano-Francesas de Gastroenterología, reuniones bianuales de digestólogos de ambas naciones, que duraron más de veinticinco años.

Gaceta Médica trató de atraer a sus páginas firmas de prestigio y temas de actualidad. Por la Academia pasan personalidades españolas y extranjeras, como el prof. Waskmann, descubridor de la estreptomocina, quien fue nombrado Socio de Honor de la Academia, seis meses antes de conseguir el premio Nobel. Junto a él catedráticos y Jefes de Servicio de todas las facultades y hospitales de España.

Pero son los médicos de los hospitales y de las instituciones sanitarias vizcainas citadas anteriormente, los que mayormente nutren sus sesiones y llenan los artículos de Gaceta Médica. Presiden la Academia hombres del prestigio del Dr. Obregón, figura que, si me permiten un anacronismo, inspiró al personaje de don Diego López de Haro, en la comedia de Tirso de Molina, *La prudencia en la mujer*, a decir aquello de **vizcaíno, corto en palabras, en hechos largo**. Enrique de Miguel, que promovió la aparición de las secciones especializadas de la Academia, Guimón que estableció un rico programa de acontecimientos científicos y que en 1968, vio cumplido uno de los deseos más fervientes de la medicina viz-

caina: la creación por el ministro Villar Palasí de las Facultades de Medicina y ciencias, primeras de la Universidad de Bilbao, después del País Vasco.

Tras ellos, presidentes como José Luis Goti cuya desbordante actividad superó los límites de la Academia y se proyectó sobre el Seminario y Museo de la Medicina Vasca, Enrique de Arzúa que tuvo que trasladar la sede de la Academia sin que se perdiera ninguno de los actos programados, Vía a quien le tocó cubrir el programa extraordinario del 75º aniversario de su fundación y en fin, tantos buenos profesionales que pusieron su impronta en la Academia.

No quiero cerrar estos rasgos de la historia de la Academia sin hacer una mención a la violencia que asola a nuestro país y de la que no se han librado los miembros de la Academia. En 1981 ETA secuestró al Dr. Luis Manuel Allende Porrúa, Presidente Estomatólogo de la Academia, quien fue liberado pocos días después, y falleció a los pocos meses. En aquel mismo año ETA p-m secuestraba en Bilbao a tres cónsules honorarios. Uno de ellos, el de la República de El Salvador, el Dr. Antonio Alfaro, era también miembro de la Academia. Violencia de signo contrario fue el asesinato el día 20 de Noviembre de 1984, en su consulta privada, del académico Dr. Santiago Bouard, dirigente de Herri Batasuna.

Sean mis últimas palabras para expresar aquí el más profundo deseo de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao que sucesos como éstos desaparezcan para siempre y para pedir en su nombre a quienes con nuestro voto hemos encargado la gestión la vida pública de nuestro país, toda la inteligencia, toda la medida, toda la voluntad y todos los esfuerzos necesarios para buscar los caminos que logren el destierro de la violencia y el advenimiento de la paz, sin poner por delante ni partidismos egoístas ni estériles particularismos.

Al fin y al cabo, la paz es un fármaco universal que necesitan los enfermos para curarse y los sanos para no enfermar. Mille ezker, muchas gracias.

Antonio Villanueva Edo

Ex-Presidente de la Academia
de Ciencias Médicas de Bilbao

Correo electrónico: gacetamedica@telefonica.net